puesto de los hechos, de los sueños de la ignorancia, usurpando la autoridad de las leyes sociales, y del alma misma de los pueblos, desapareciendo en el mecanismo opresor, que remplaza y devora todas las fuerzas vivas de un pueblo.

Y sin embargo, notémoslo bien, no ha sido dado hasta aquí á las doctrinas ateas, ejercer un imperio universal y sin contradiccion. Han encontrado en la conciencia de los individuos, en el buen sentido de las masas, en los recuerdos del pasado, en la fé y en la inmortal vitalidad de la Iglesia, un principio de vida y de órden, que incesantemente lucha, con infatigable energía, contra las influencias y las iras de su funesto imperio. ¿Qué sucederia, pues, si viniendo á desaparecer de repente esa gran entidad que se llama el cristianismo ó la Iglesia Católica, se encontrase la sociedad europea entregada, sin guia, sin apoyo, sin defensa, al dominio exclusivo de todos estos elementos de desórden y de muerte? Júzguese por las extravagancias y los furores que señalaron el triunfo, en el seno de las orgías, de la Revolucion y la Comuna. La mente misma retrocede espantada ante la perspectiva de semejante porvenir, y viene á la memoria involuntariamente aquel dicho de Voltaire: "Si al

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

mundo estuviese gobernado por ateos, valdria más vivir bajo el inmediato dominio de esos séres infernales, que se nos pintan encarnizados contra sus víctimas."

Pero en la misma medida en que han hecho sus destrozos estas locuras perniciosas, tenemos el derecho de pedir á los hierofantes del ateismo severa cuenta de las ruinas y las locuras, de las lágrimas y de las angustias, de los furores y los desmayos, de las opresiones y la servidumbre, al través de los cuales ha paseado su génio funesto, desde hace años, la vida política y social del antiguo y nuevo mundo.

Ellos son los que han debilitado y roto, con sacrílega indiferencia, ese freno religioso y moral cuya caida acarrea siempre y por todas partes el empleo de la fuerza. Son sus principios los que han amnistiado, provocado, fomentado esas pasiones tumultuosas, esas doctrinas insensatas, esas empresas anárquicas, esos crímenes odiosos, esos atentados sin nombre, que manchan tantas páginas de la historia de los tiempos modernos. Son sus principios, su lógica, los que han matado la libertad en los excesos de la licencia, profanado el culto de la autoridad en las manos de la arbitrariedad, desarmado aún á la esperanza, al conmover, con inepto delirio, hasta las bases

no habia caido en esa nulidad política que ha precipitado su decadencia y consumado su ruina.

Autorizada para dejarse oir cada año en los consejos de la nacion, la clase media no se habia visto condenada á la singular anomalia de perder sus franquicias, sus libertades y sus derechos, en la misma proporcion, en que veia crec r sus riquezas, su ambicion, su influencia y sus luces. Unido al culto de las tradiciones nacionales, el espíritu católico habria enaltecido y santificado ese sentimiento del deber, ese amor á la justicia, ese respeto á la ley y á la autoridad, ese cuidado de la dignidad individual, ese espíritu de abnegacion y sacrificio, esa fuerza y grandeza del alma, sin las cuales las más perfectas instituciones adolecen de una esterilidad irremediable. En lugar de esas alternativas humillantes, que cansan y desesperan á la sociedad, hubiérase visto al progreso político proseguir, sin choques, sin derrotas, en el sendero de un órden estable y de una libertad bien entendida. Entonces ese régimen del *self governement*, que fué el sueño dorado de nuestros fieros antepasados, habria sido una realidad, y la carta en que estuviera consignada, escrita por corazones franceses, habria sido mucho más que la hoja de papel que desdeñosamente llevó el viento revolucionario.

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

El problema político que nadie se atreve á mirar cara á cara, sin inquietud y tristeza, ese problema que desde hace un siglo nos ha valido tantos desengaños, habria encontrado una solucion que respetarian las pasiones, porque habria unido á la fuerza de la autoridad, que dan el derecho y la sabiduria, la de la duracion, que proporciona el tiempo.

Acontecimientos lamentables lo impidieron. El pueblo, la nobleza y la monarquía, habian abandonado y traicionado, con imprevision culpable, las instituciones más fundamentales, las franquicias más saludables, las garantías más sabias, las libertades más indispensables que honran á la Edad Media, y que son hasta el dia la gloria y la verdadera fuerza de la Inglaterra. El pasado se vengó de esta traicion rehusándonos el porvenir. Gracias á la usurpacion de unos, á la abdicacion ó abstencion de otros, abriose un abismo entre el hecho y el derecho, entre las costumbres y las instituciones, entre lo que era y lo que queria ser. Y cuando espantados con esta situacion, trataron de llenar este abismo, precipitó el fanatismo de la impiedad á todo cuanto existia en ese nuevo abismo. Y magullado por esta doble caida, pero siempre perseguida por el fantasma de esta misma impiedad, se

consume la sociedad en *querer* vivir con una vida estable y normal, sin poder lisonjearse con haber llegado al fin de tantos y tan dolorosos esfuerzos.

En resúmen. Con el oscurecimiento ó la caida de la idea divina, se alteran y caen los nociones santas del derecho, del *deber*, *de la autoridad* y de la libertad, de la justicia y de la responsabilidad, de la sumision y del respeto, de la dignidad y de la fuerza moral, que son el alma y la vida del órden político y social. Y si hay un hecho que resulte con fulminante evidencia en la historia de las revoluciones modernas, es la impotencia absoluta del hombre para fundar, con la menor esperanza de estabilidad ni buenas costumbres sin moral, ni una política sin religion, ni una sociedad sin Dios.

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

CAPITULO XVI.

EL POSITIVISMO Y SUS PRUEBAS.

1.° El *concepto actual* del mundo.—¿Es incompatible con la teología y la metafísica?—2.° La oposicion de los *sistemas* teológicos y metafísicos.—¿Es incompatible con la *verdad* teológica y metafísica?—Elemento universal y constante de la razon y la fé, de la filosofía y de la religion.—3.° Diversidad de las opiniones, si nó, sobre la *existencia*, por lo ménos sobre la naturaleza de los séres.—Argumento retorcido contra los positivistas.—4.° Hecho de los ateos y escepticos.—Respuesta.—Esceptisismo científico.—Solucion.—Parte exacta de verdades y errores de las afirmaciones ciertas y de las opiniones probables.—Respuesta decisiva, la moral.

Los que hayan tenido el valor de seguirnos hasta aquí, habrán formado ya su juicio, así lo

seculares de todo órden y de toda sociedad. Sí, han quitado sus encantos á la vida y matado la esperanza, y sobre estas ruinas, tal vez irreparables, de todo cuanto constituye el honor, la dignidad, el valor del ciudadano; la fuerza, la grandeza, la estabilidad ne los Estados; el precio el encanto, la felicidad de la vida, tenemos el derecho de lanzar el grito de reprobacion de las víctimas sobre todas esas teorías mortíferas, que nos asedian, y bajo las cuales se defiende en vano, con agitacion incierta y desfallecida, la vida tan precaria de los hombres y de las cosas de nuestro tiempo.

Fué el crímen y será el castigo de la revolucion francesa, haber falseado y comprometido por siglos, en virtud del fanatismo de su impiedad y de su ódio, la obra de regeneracion social que debia remediar los abusos del antiguo régimen. Una revolucion anterior, no ménos real, ni ménos decisiva; pero más lenta y contenida, y por lo mismo ménos aparente, habia destrozado por vez primera, las verdaderas condiciones del equilibrio social. Rompiendo con las tradiciones políticas de la Edad Media, extendiendo más y más su fatal nivel sobre todas esas libertades, esos privilegios, esas instituciones representativas, esas autonomías municipales, provinciales y

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

corporativas del pasado, que habian sido la garantía del derecho, el freno del poder, el honor y el orgullo del ciudadano, habia degenerado la monarquía, en Francia, como en toda la Europa, en un absolutismo excesivo, que tarde ó temprano debia originar el choque y las represalias de las reacciones populares. Gracias á esta revolucion, pudo un rey de Francia decir como los Césares paganos: *El Estado soy yo*, y la pirámide social se hallaba colocada en cierto modo, sobre su vértice. Para restituirla á su lugar sin derribarla, ni romperla, no estaban ciertamente de más todas las fuerzas reunidas del patriotismo y de la religion.

Pero el ateismo, envolviendo en un mismo ódio al altar y al trono, solo se guió en sus consejos por las inspiraciones de la cólera y de la venganza. En lugar de contar con el tiempo que no respeta más que lo que él funda; en lugar de librar de los pañales del absolutismo las tradiciones legítimas, las libertades históricas, las instituciones aceptables y verdaderamente nacionales del pasado, puestas en armonía con las necesidades reales de los tiempos nuevos; en lugar de fecundar una obra de sabiduría y reparacion, con ese soplo religioso y cristiano, sin el cual nada puede durar, el ateismo político, extravia-

do por su ineptitud y su ódio, tuvo el placer salvaje de trastornar y aniquilar cuanto existia, sin escoger ni distinguir, por el solo delito de haber existido. En vez de restablecer la pirámide sobre su base, halló más ingenioso pulverizarla, y creyó digno de su soberbia fecundar este polvo social, arrojándolo en un abismo de sangre. ¡Vana y sacrílega empresa! Lo que podia y debia ser una restauracion feliz, vino de esta manera á ser una nueva ruina, más calamitosa é irreparable que las anteriores, y la historia, desde hace un siglo, no es más que el esfuerzo doloroso de una sociedad conmovida hasta en sus cimientos, que procura, con duro y las más veces infructuoso trabajo, desprender de esta inmensa ruina los despojos diseminados y mutilados que puedan servir para el edificio del porvenir.

¡Ah! Si las instituciones ampliamente liberales de los pueblos germánicos hubieran podido seguir su desarrollo lógico y regular; si los campos de Mayo de Carlomagno, verdadero parlamento de nuestra antigua Francia, no hubieran desaparecido en la decadencia de los últimos Carlovingios; si los Estados generales de nuestro pais hubieran sabido estipular, como los parlamentos ingleses, su reunion anual y periódica: entónces el curso de los acontecimientos, no habria sido más que el progreso normal de nuestro génio nacional. La educacion política del pais se habria hecho sin interrupcion ni esfuerzo. Todos los poderes se habrian limitado y equilibrado unos por otros. La autoridad real habria sido contenida por la censura de las asambleas. La accion de estas habria encontrado un contrapeso en los atributos del poder. Circularia una vida poderosa, por el fuego natural de las instituciones, en todos los miembros del cuerpo social. Iniciado por una practica tradicional y constante, en el arreglo de los intereses más variados, cada cual habria aprendido lo que constituye el secreto de los pueblos grandes y libres: *el escrupuloso respeto hácia los derechos agenos; la defensa enérgica y legal de los propios.* Designados y corregidos en cierto modo, de año en año los abusos, no hubiesen podido acumularse nunca, hasta el punto de engendrar esas monstruosas anomalías, que más tarde debieron rematar en catástrofes. Defendida por el derecho rival de as asambleas, contra las seducciones de la omnipotencia, no habria degenerado la monarquía en tan lamentable absolutismo para desaparecer despues en la más terrible anarquía. Activamente mezclada en los negocios de su pais, la nobleza

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.